

# Poder y libertad después de la Revolución de Octubre\*

Francisco Piñón G.

## Introducción

**R**eflexionar el fenómeno del poder es reflexionar la práctica de la política en todas sus dimensiones. Un poder, por consiguiente, que no se encierra en el fenómeno del totalitarismo, aunque éste sea la novedad del mundo contemporáneo. Totalitarismo que, por otra parte, ya rebasó los esquemas en que lo describían los antiguos teóricos. Hoy, después de los grandes dictadores como Hitler o Mussolini, Stalin o aquellos caudillos-dictadores latinoamericanos que repiten el clima del terror, el problema del totalitarismo no es el mismo. Hoy en día la figura del dictador o príncipe cede su lugar a la moderna organización, a la burocracia administrativa, al aparato legislativo, e inclusive a cierto fenómeno parlamentario que por su complejidad ideológica manipula y maniatada las conciencias. Sabemos que el parlamento no está sólo. Detrás de él se mueven demasiadas “instituciones” o “corporaciones”. Inclusive el fenómeno del partido, ya dejó de ser el escenario “natural” en donde se concentraba el estudio “político” del poder. La “sociedad civil” ya tiene demasiados escenarios que no pueden ser abarcados por la “organización” partidista.

Por todo lo anterior, el estudio del poder y la libertad se torna hoy demasiado complejo. En Oriente y en Occidente. Los esquemas no son los mismos, pero ya existen fenómenos globales que comportan instrumentos de poder y circulan en los organismos sociales al margen y en contra de los “controles” jurídicos tradicionales o que ya *formalmente* entra-

\* Ponencia presentada en el Primer Encuentro Internacional de Palermo, Italia: “A 70 años de la Revolución de Octubre”, del 2 al 5 de diciembre de 1987. Organizado por el “Centro de Estudios del Mediterráneo” y la Universidad de Palermo.

---

ron al escenario, con todos los “derechos” de la jurisprudencia moderna, como es el caso del *problema de las trasnacionales*. Estas todo lo llenan y todo lo invaden. Por eso, tal vez, los grandes movimientos sociales o las grandes revoluciones, que cristalizaron hace tiempo en instituciones o estados que parecían milenarios, empiezan hoy a mostrar ciertos cambios que son *algo más que propios* de la “edad”.

La Revolución de Octubre ha sido parte de un *gran movimiento social* y ha cristalizado en el estado soviético. Ha tenido tiempo ya de “institucionalizarse” y de ir configurando una cierta “racionalización” y “organización racional” dentro de su burocracia y aparatos de poder que, después de setenta años, nos podemos preguntar si sus “fundadores” o sus primeros inspiradores ideológicos pueden hoy retratarse en lo que modernamente conocemos como *socialismo real*.

Las siguientes reflexiones no pretenden encerrarse en un balance de la Revolución de Octubre desde el punto de vista económico o sociológico. Tampoco es una *historia* de las instituciones nacidas *en y después de la Revolución Rusa*. Es solamente una disquisición filosófico-política, en términos muy generales, sobre la praxis y valoración del fenómeno del poder, confrontado con las libertades ciudadanas, en un sistema que, por definición, y por el peso de una historia psicológica, debería ser un *poder social* con una *libertad real*, entendida y vivida en términos *precisamente* “socialistas”.

Tampoco las ideas aquí expuestas pretenden centrarse exclusivamente en una crítica valorativa de la Revolución del 17. Nuestra reflexión “rusa” es, al mismo tiempo, una crítica a las instituciones o aparatos de poder de las “democracias” del mundo occidental, liberal, neo-liberal capitalista, impe-

rial o dependiente. Las preguntas e inquietudes que, sobre la sociedad soviética nos hacemos, también son interrogantes que, *mutatis mutandis*, laceran muchas conciencias cuando se aplican a la sociedad occidental. *La libertad como problema* y el poder como abuso de poder se encuentran a lo largo y ancho del mundo. No hemos todavía realizado los muchos sueños que han forjado nuestras viejas utopías. Por doquiera se tiraniza, se manipula o se “controla”. En nombre de la “libertad” o “democracia”, o en nombre de un “futuro” que los ciudadanos del presente no vislumbran. Pareciera que es parte de la “condición humana”. El fenómeno del poder se ha vuelto, para muchos, el fenómeno del terror, aunque este terror se esconda en — y a veces es fruto de— las instituciones republicanas, porque a diferencia de las “instituciones republicanas” de Saint-Just, las modernas *ya ni siquiera intentan la realización del fin moral*, ni pretenden una armonía fundada en la virtud.

Nuestras reflexiones pretenden fundarse sobre el *socialismo real* y, cuando enjuiciamos a Occidente, tenemos en mente al *capitalismo real*. Por consiguiente, aquellos “sistemas” que observamos con los criterios de los instrumentos de la sociología o de la historia, son independientes de nuestras simpatías filosóficas o políticas. No queremos caer en un análisis “partidista”, aunque no podemos evitar el partir de premisas ideológicas que nos son propias. Siempre la realidad es con el cristal con que se mira.

Sabemos bien, por otra parte, que los críticos y “disidentes” se dan en todos los sistemas y en todas las instituciones. Son, *inclusive*, un factor de cierta “estabilidad” y siempre son “instrumentos” de progreso. Y sabemos que no todo lo que escriben está exento de los *ídolos* de los que hablaba Bacon

y que “perturban” el buen juicio. Que tampoco son, a veces, extraños a aquellas motivaciones “egoístas” de las que escribía el gran Hobbes y que suelen esconderse con la máscara de la crítica científica o inclusive social. Pero también sabemos que son esas minorías “disidentes” y críticas, a veces también, las únicas informadas, las que escapan a la manipulación masiva o ingenua y que se han decidido por usar la única arma que pueden esgrimir: la crítica de las armas. Y todo por una razón: el poder les deja el único camino por recorrer, les corta todos los atajos y los *otros sujetos* de la sociedad civil les son sus servidores. Por eso, esas minorías son las que pueden “esclarecer” el panorama ideológico” de

sus propios sistemas: las que por no gozar de los “privilegios” del poder político o económico están psicológicamente más proclives a detectar los límites y los excesos del poder y caen en la cuenta que este poder, aunque tenga sus raíces en conflictos internos y subjetivos, no debe desbordar los confines de lo racional. Será la crítica de los intelectuales humanistas de cualquier tipo, aquellos que no se contentan con definir la libertad, sino que la quieren ver actuante y objetiva, por lo menos *en el esfuerzo* de sus gobernantes o *en la mayoría* de los ciudadanos. Y al decir esto no excluimos, como fenómeno pasajero y con el riesgo de todos los peligros, la “utilidad histórica del *caudillo* o del *legislador*, con



---

todos los atributos mejores que Rousseau les atribuía, que “ilumina” y “dirige” momentáneamente al que “no sabe”. Pero, por desgracia, la historia nos narra lo que *realmente* ha sucedido: el *poder* se enamora de sí mismo y lo hace de una manera *absoluta*.

### Las preguntas sobre el socialismo real

A 70 años después de la Revolución de Octubre nos vienen a la mente demasiadas preguntas. Por ejemplo, una de ellas: ¿La revolución, ya desde sus inicios, tuvo en cuenta, de una *manera efectiva*, el problema o los problemas de la cultura o las culturas de la vieja Rusia? ¿Los cambios profundos en el terreno de la economía y de la política tuvieron el suficiente *tiempo para asimilar* también o *cambiar* los rasgos culturales de una Rusia que cargaba ya una antigua cultura? Sabemos que es demasiado pedir que la revolución, cuando se está haciendo, tenga tiempo y sujetos que se ocupen de estas cosas que no son propias por lo general de los revolucionarios militantes. Las revoluciones no piden permiso, ni anuncian el momento preciso. Simplemente irrumpen en la historia. Por eso el “estudio” del problema de la cultura ordinariamente se puede hacer cuando las revoluciones triunfan y empiezan a “institucionalizarse”. Pero muy frecuentemente los “trionfadores” olvidan ese momento de la crítica de la cultura que cuando es iluminadamente honesta o no es peyorativamente “politizada” tiene que ser necesariamente una autocrítica.

Pero no nos vamos a responder *el problema* de la cultura. Nuestra atención se centrará en el *elemento político*.

En Rusia, es cierto, Stalin ya murió. Pero ¿ha

muerto también, y en qué medida, el estalinismo? ¿El “subjetivismo y voluntarismo” en la época de Stalin, denunciados por Gorbachov, han desaparecido del moderno Estado soviético? Ciertamente que se ha abolido el sistema de propiedad privada, típico del régimen capitalista, ¿pero se ha logrado el verdadero socialismo? Se han logrado importantes cambios en la sociedad, ¿pero en dónde ha quedado la democracia? ¿Ha sido reformismo o socialismo? ¿En un mundo tan complejo serán inconciliables socialismo y democracia? ¿No será la “ideología” del Estado soviético el último reducto de las viejas utopías renacentistas? ¿Y no será esta “utopía” la que no embona con la “realidad” y por lo tanto se llega *solamente a ciertos cambios* que no son el socialismo o a “*cierto socialismo*” que *tiene que negar “ciertas libertades”*?

Son todos estos problemas que se están debatiendo a la luz de una realidad que camina demasiado rápido y que no puede ser “aprisionada” tan fácilmente por las teorías clásicas. La *experiencia* de setenta años del primer Estado socialista nos arroja más de alguna luz en el debate. ¿Cuáles son las metas conseguidas, sobre todo en cuanto a poder y libertad? ¿Hasta qué punto, por ejemplo, los criterios fundamentales de “*La Revolución traicionada*” de Trotsky permanecen aún hoy? ¿Se ha superado, para usar las palabras del mismo actual secretario general Gorbachov, “el estancamiento y la inercia” o “el contraste entre los grandes principios del socialismo y la triste realidad” del tiempo político cubierto por Leonid Brejnev? Podemos preguntar si Nicolai Bujarin, alabado como un gran teórico, ¿es realmente reivindicado si todavía se afirma que “no sabía nada de dialéctica”, sobre todo por una clase política que sí pretende “leer” dialécticamente los acontecimientos de la historia? ¿Se ha aboli-

do ya —o está en vías— el culto a la personalidad? ¿Cuánto tardará el socialismo en enfrentar los retos de la democracia, entendida ésta en lo que es y debe ser irrenunciable, como son los legítimos derechos de las personas humanas concretas, ínsitas en una universalidad?

La moderna política rusa (la Perestroika) anda rondando el mundo socialista. La acuciante falta de libertad política, en la práctica, en la mayoría de los países subdesarrollados, y en los cinturones de miseria de los desarrollados, ha ido conformando una “conciencia” planetaria de la cual no puede escapar el socialismo real. Por eso, a raíz de los últimos presagios renovadores de Gorbachov, si no se rehabilita a los Trotsky, a los Kamenev, Zinoviev, al “herético” (en tiempos del mismo Lenin) Bogdanov, al crítico Gorkij, al profético Zamjatin,<sup>1</sup> a Pavel Juskevich (que criticaba el marxismo oficial como “eclesiástico” y “estático”), ¿se podrá asegurar el porvenir del socialismo, como se pretende, a escala mundial?”<sup>2</sup> ¿O está la clase política soviética tan enamorada del poder concreto, como sus homólogas de Occidente, que ya han perdido, con todas las salvedades del caso, las “perspectivas” de la libertad y los “límites” del poder? ¿Es, acaso, que se busca afanosamente la *definición de libertad* en los tiempos modernos porque ya la hemos perdido del todo? ¿Tuvo razón alguna vez Trotsky, o la tiene en parte todavía ahora, al haber hablado de “degeneración” política del Estado Obrero en tiempo de Stalin? ¿Fue

cierto su análisis de que el Estado soviético era “obrero” en cuanto la “estructura” y “degenerado” en cuanto a la “sobreestructura”, aunque si bien esta división no sea del todo feliz?<sup>3</sup> Hablando de *genealogía del poder* y de las *causas* incubadoras del terror, ¿no tendría ya el leninismo *el germen*, en la incipiente burocracia (atacada por el mismo Lenin), en lo que ya en aquél tiempo se veía como “degeneración”, del futuro stalinismo? ¿Cuáles fueron *las causas* de que la Revolución haya sido *traicionada*? ¿Fue solamente la eliminación de Trotsky o nada más la muerte de Lenin? ¿No fue acaso el mismo Trotsky, también él, una parte importante de esa “burocracia”, que fue poder y que tal vez se empiecen a explicar allí mismo los orígenes del futuro poder?

El fenómeno del poder tiene demasiados padres o explicaciones. Basta leer a Maquiavelo o a Hobbes para desentrañarlo. Pero acudamos a un espacio de poder o a un ángulo del poder, *la burocracia*, sobre la cual el sociólogo Weber nos tendría mucho que decir. Apliquémoslo a la sociedad soviética. Ella tiene sus “reglas”, sus premios y castigos. Todo lo que una “institución” necesita para “funcionar”. No olvidemos también al sociólogo Durkheim o a Parsons. Leámos a Milovan Djilas en su *Sociedad imperfecta*. Y con él nos podemos preguntar a propósito del fenómeno de la *burocracia política* en las sociedades del *socialismo real*: ¿con “el uso, el gozo y la disponibilidad de la propiedad nacionalizada” ha ya desaparecido lo que tenga de aberrante o reviste hoy nuevas formas, acordes con la modernidad, pero todavía presente como una forma

<sup>1</sup> E. Zamjatin, *Lica*, N. York, 1955, p. 189. La situación oficial la comparaba a “un nuevo catolicismo que no menos que el viejo tiene miedo de toda palabra herética”.

<sup>2</sup> En Vittorio Strada, *Scienza e Fede*, VV.AA (La polémica sobre “materialismo y empiriocriticismo” de Lenin), Ed. Einaudi, Torino, 1982, p. 28.

<sup>3</sup> Porque una sociedad no puede decirse que esté “sana” en su “estructura” y tan sólo “enferma” en su “sobreestructura”. ¿En qué quedaría el “bloque histórico” de Gramsci?

de nueva alineación? ¿Hasta qué punto el autor de "La nueva clase" (1956), "Tierra sin justicia" (1959), "Conversaciones con Stalin" (1962) o "La ejecución" (1969), ha sido ya superado en la descripción que hacía del régimen comunista de su tiempo como una "utopía burocrática-autoritaria que se servía de principios ya superados con el fin de justificar y conservar posiciones del poder"?<sup>4</sup> El mismo Djilas, aun en medio de su decepción del socialismo real, detectará, más allá del fracaso de la utopía, una *Sociedad imperfecta*, es cierto, pero *perfectible*, en la cual ya preveía sus "signos": en la *misma naturaleza* de la tecnocracia, en una nueva izquierda, formada por jóvenes, intolerantes hacia las nuevas formas de autoritarismo y burocracia dominantes.

### Tras la nueva política de la Perestroika

Estamos de acuerdo, por otra parte, que, a partir de la "Perestroika" o política de la modernidad, algo se empezó a cambiar en la sociedad soviética. Las palabras, en la historia, también se van cargando de explosiones y a la larga pueden explotar. Podemos admitir con el crítico y disidente Sajarov que está en marcha "una dinámica de cambio". ¿Pero en qué dimensión y en cuánto de profundidad? ¿Hasta qué punto se llevará a cabo *efectivamente* la desestalinización iniciada por Jruschov y frenada por Brejnev? Los escritores disidentes se están poco a poco dando a conocer, sobre todo los "heréticos". ¿Pero no será que la élite del poder, desde la cúpula, con la exaltación de los valores de consumo, tra-

ta de ahogar el mejor mensaje político de la llamada "literatura aldeana" o campesina de un Ouetchkiné, Solyenitzin, Fedor Abramov o Boris Mojaev? No discutimos las "buenas intenciones". Pero mientras no se transformen en "hechos políticos" concretos pueden los esfuerzos quedar precisamente en el mero lenguaje o discurso y posponer siempre para "más adelante" los cambios que, tarde o temprano, la historia conseguirá. Por demás, sabemos que no todo en ellos (en los escritores disidentes) es merecedor de aplausos. Sobre todo en Iouri Trifonov, el nuevo "Chejov soviético", en su crítica unilateral a la "maldita utopía socialista". Pero tampoco creemos que *la clase política* soviética haya asimilado lo mejor de las lecciones de la sátira de un Abkha-ze Fazil Izkander cuando, por ejemplo, reivindicando el uso del sentido común, repasaba los grandes temas de la edificación del socialismo. Y en esto se parecen a los que detentan el poder en los países de Occidente. El poder termina por envolver en sus garras y en su específica "ideología" a los que lo sienten como "propio". Y la clase política gobernante, la de todos los tiempos, nos ha dado muestra de ello. Estando en la "cima" difícilmente se atreven a mirar el "valle". Y a veces, de tan alto que suben, de plano ya no lo distinguen.

Gorbachov, se ha dicho, está dispuesto a "volver" a los "orígenes". No oculta que quiere restaurar la "espiritualidad" (odouchevit) perdida y reconsiderar "el factor humano" y volver de nuevo "a poner a trabajar a los soviéticos". Tal vez para lograrlo se ha permitido la publicación de los, en otro tiempo, escritores malditos, como Anatoli Rybakov ("Los niños del Arbat") o André Platonov. Pero no olvidemos que el despertar del nacionalismo, de cierto "nacionalismo", aun reivindicando los valores "tradicionales", no es por sí solo,

<sup>4</sup> Milovan, Djilas, *La Sociedad imperfecta*, Mondadori Editore, Vicenza, 1969.

tomándolo en su integridad, una garantía del buen progreso. Recordemos el caso del fascismo italiano que “aglutinó” el “nacionalismo” de Rocco, Maraviglia, Federzoni, Prezzolini y Papini. El caso “mexicano” es también un ejemplo. El “nacionalismo” de la “Revolución mexicana” es todavía un elemento de “control” de la clase política. Dígase lo mismo del “nacionalismo” suscitado por la administración de Reagan en los Estados Unidos. Estos nacionalismos han sido retardatarios, conservadores e inclusive dictatoriales.

Cierto que la URSS pronto verá la nueva edición del nuevo Código Penal, en el que desaparecerá el nefasto artículo 70 del antiguo Código que condenaba con la represión “la propaganda y la actividad anti-soviética”. Pero ¿será la señal de que asistimos al nacimiento y consolidación de un régimen de “derecho”, con lo mejor de la tradición universal? ¿El Estado soviético podrá adoptar, en lo que al poder se refiere, lo que N. Bobbio en *Política y cultura* denominaba las “técnicas jurídicas” del liberalismo? En más de algún aspecto, sobre todo en la época del stalinismo, podemos constatar que las críticas o los análisis de un Kautsky, de una Rosa Luxemburgo o de un Bertrand Russell, que anticipaban, aun en los tiempos de Lenin, las deformaciones de la democracia soviética, previendo los peligros “burocráticos” por venir, ¿no han sido, por desgracia, “experiencias” ya vividas en buena parte de estos setenta años pasados? Ciertamente que en la historia setenta años son pocos. Pero también son “muchos” para quienes como “ciudadanos” esperan algo más que promesas o meros actos de poder que siempre van alargando para más adelante el advenimiento del “reino”. Es muy típico del poder el “sacrificar” a los individuos del presente por algo que dicen repetidamente que va a venir. Y en la so-

ciudad soviética, con toda su rica cultura, y con todos los aportes de lo grandioso de la revolución del 17, creemos que los que siguieron a los fundadores bien pudieran haber sacrificado también ellos algunas parcelas de poder y cederlas a la sociedad civil. Me refiero, sobre todo, al movimiento obrero y a ese control político de los países periféricos. No es justo cantar solamente las loas y magnificar tan sólo los logros —que son muchos—. Es necesario también —y en nombre de un auténtico marxismo y socialismo— ver autocríticamente lo que en el renglón de la práctica del poder son violaciones a los derechos humanos.

No queremos tampoco pintar solamente de negro el panorama. Por eso afirmamos que, en el terreno de la economía y de la técnica, se han conquistado demasiadas metas que en los países de Occidente todavía son apenas si una esperanza, y que en estos países de democracias “formales” existen todos los puntos negros que una buena teoría política debería criticar. B. Russell, por ejemplo, en su “teoría y práctica del bolchevismo”, no tuvo razón, entre otras cosas, en afirmar que el régimen soviético, además de “moribundo”, era “igual” a otros partidos de occidente. Pero ¿no profetizó la evolución del gobierno soviético como una “aristocracia burocrática” con una “conciencia de clase y un interés de clase más bien diverso de aquellos del proletariado real”? Sabemos que es muy fácil criticar —y hasta es un deber— cierto determinado “marxismo” o ciertas aplicaciones del marxismo. Por eso no conviene ni confundir marxismos —que son muchos— con Marx, ni mucho menos las “realizaciones” que se dicen ser herederas del pensador y revolucionario alemán. Ciertamente que no podemos afirmar un *continuismo* entre el leninismo y el stalinismo. Pero, al mismo tiempo, debemos evitar la simplifi-

cación histórica de aquellos que, como Trotsky mismo, pensaban que entre una y otra época histórica no hubo solamente nada de parecido y que, por consiguiente, la política del partido, que se creía que no necesitaba el consenso de la mayoría, no desembocaría en la creación, *in nuce*, de las condiciones “institucionales” para el posterior nacimiento del poder absoluto de la época stalinista. Ya lo vaticinaba Medvedev: “El poder ilimitado ha provocado la burocratización”. No olvidemos que las instituciones totalitarias se gestan poco a poco. Después son una avalancha. Ni Hitler, ni Mussolini enseñaron, al principio, su cara grotesca. Los rostros del poder empiezan siendo hasta “útiles” o “simpáticos”. Después ni ellos mismos se pueden quitar la máscara. Recitan democracias y practican dictaduras. Los ritos del poder son demasiado envolventes, en todos los regímenes en donde el poder se vuelve costumbre y aguas estancadas. Los poderosos ya no detectan los “malos” olores. Los cortesanos se encargan de nublarles la vista y hacerlos insensibles a los clamores. La burocratización ha creído ya su propia “cosa” alienante.

Por lo anterior, debemos admitir que no todos los actos políticos de Lenin o Trotsky se pueden salvar. Eran intelectuales que ejercían el poder. Y sabemos que los intelectuales, más que otros, prefieren un universo “perfecto” y tratan de “adaptar” muchas veces la realidad a sus propios sueños demasiado “racionales”. Tomemos el caso de Trotsky, sin restar otros muchos méritos, y sin olvidar que lo debemos situar en su propio tiempo histórico. En *Terrorismo y comunismo* ¿no pugnaba por una “militarización” en el trabajo y una “dirección autoritaria” de las fuerzas? ¿No exigía que el *Estado obrero* podía tener el “derecho” —léase *imperativamente*— de mandar a todo trabajador allá donde su

trabajo sea necesario? No afirmamos que esto *en sí* sea necesariamente criticable. Tendríamos que analizarlo históricamente en todas sus dimensiones. Lo que queremos notar es el *peligro* que comporta el uso de cierto “lenguaje” que después se convierte en “rito”, costumbre, de una casta que se asuta de todo cambio, cuando éste pone en peligro su propio ejercicio de poder. A veces, la misma “ideología” que se combatía antes del “ascenso”, después se la acaricia y se la usa para justificar la propia posesión. El “revolucionario” fácilmente se “institucionaliza”. Se vuelve peyorativamente “sacral”. Eso ha sucedido con ciertas palabras. Por ejemplo el concepto de “trabajo” o “proletario”. Cuando las decisiones se “imponen”, entonces, como dice Marcuse, “la dialéctica queda petrificada”.<sup>5</sup> Tal vez por eso Marcuse afirmaba cierta línea de continuidad entre un Lenin que con su “lenguaje” ya estaba “creando” cierto desplazamiento que después desembocaría (por ejemplo “la conciencia desde fuera”) “hasta la dictadura personal de Stalin”.<sup>6</sup> Incluso en los mismos críticos de Lenin, ¿no había acaso una mística del *trabajo*, como una especie de *demiurgo*, al cual se le podía sacrificar todo o casi todo? Recuérdese el caso de Bogdanov, para quien los conceptos de “espíritu” y “materia” caían bajo el predominio del concepto de “trabajo” y éste bajo una mentalidad “autoritaria” que “somete la naturaleza”.<sup>7</sup> ¿No es también el caso “psicológico” del concepto de “materialismo” que, siendo tan ambiguo, se requiere *siempre* presentar como *necesario* en *todo* discurso marxista? Es el

<sup>5</sup> H. Marcuse, *El marxismo soviético*, Alianza Editorial, Madrid, 1967, p. 153.

<sup>6</sup> *Idem*, p. 149.

<sup>7</sup> A. Bogdanov, en *Fede e Scienza*, V.A.A., *op. cit.*, p. 42.



fenómeno del *fetichismo conceptual* o de la *sacralización*. Es el *texto* convertido en un *deux ex machina* y es el *poder* convertido en *fetiche*. Es la “institucionalización” que no ha contemplado el problema de la “cultura” o el “consenso”. Creemos que los posteriores análisis de Gramsci llenarán el vacío.

### Los problemas del futuro inmediato

Tal vez, la génesis de las “deformaciones” no la podamos clarificar del todo. La historia, al ser también la historia de las “intenciones”, no se nos muestra como una radiografía en la cual podamos seguir *todos* los hilos. Por eso, tal vez el Lenin de la revolución, o incluso el mismo Marx, al “creer” el paso del capitalismo al socialismo y de éste al comunismo, lo juzgaron como una mera transición demasiado rápida y no contaron con el *problema de la cultura* o la intrincada red de ideologías que siempre se entrecruzan en la sociedad. Tal vez por esto se ha llegado inclusive a afirmar que les faltó una *teoría política* de las instituciones “socialistas”. Sin embargo, no creemos que (*datum ma non concessum*) esta carencia de “teoría socialista”, se deba, como afirman algunos autores como Bobbio (*Quale socialismo?*), a que los fundadores del socialismo dieran **tan sólo importancia a los sujetos** y no a la **metodología (o el camino)** de la Revolución. Admitamos **que están por estudiarse** las características específicas de la “teoría política socialista”, que no sean las de la democracia burguesa. La democracia socialista no puede marginar lo mejor de los clásicos, como Locke y Rousseau. ¿Acaso la teoría de Marx, como sostenía de la Volpe y Colletti, no proviene de la inspiración roussoniana? Pero si esto es así, ¿no podemos colegir la inspiración del concepto

de *dictadura del proletariado* de aquella roussoniana teoría política de un Estado “con un poder sin límites” y de una *voluntad general* que puede *obligar a la minoría a ser libre?*

Las analogías podrían continuarse. La historia no se nos presenta como continentes aislados. Son, como dijera Gramsci, “bloques históricos”. La realidad corre más aprisa que la teoría. La filosofía siempre llega tarde, como lo afirmaba Hegel. Una teoría política socialista incluye una teoría del *Estado socialista*. Pero ¿qué clase de libertad y qué clase de Estado? ¿Democracia *para* la mayoría o *de* la mayoría? Preguntas que todavía están para responderse. No en la *teoría* sino en la *práctica*. El socialismo, como cualquier forma cultural, al tener tiempos históricos “diferentes”, tendrá también “sujetos” diferentes. En este sentido no fue ni es el mismo. Cambian, como en occidente, sus “ídolos” o, por desgracia, hasta sus “fetiches”. Y la razón es porque cambian los “mitos”. Por eso los “mitos”, en la acepción soreliana y gramsciana del término, sobre todo los mitos de la modernidad, han, tal vez, obligado a la nueva clase política rusa a retomar alguna tesis —o más de alguna— de aquella vieja oposición de la izquierda unificada contra Stalin: Trotsky, Zinoviev, Kamenev.

En Rusia, y en algunos estados de Occidente (como México), el Estado ha “nacionalizado” la propiedad. Pero sabemos que no es un hecho automático que por la “nacionalización” se hayan logrado eliminar (en Rusia) o atenuar siquiera (el caso de México) las divisiones o separaciones de clase en cuanto a la adquisición y el gozo de los satisfactores. Debemos, por otra parte, reconocer que en este renglón los países socialistas, sobre todo Rusia, y Cuba, dan ejemplo a los países —hablo de la mayoría— de Occidente. Estos se pueden ufanar de *cier-*

tos logros en el terreno de la “formalidad” democrática. Pero en la mayoría, el poder político está sustentado en la injusticia. Pero debemos también reconocer que aun en los países socialistas, el “poder” de la burocracia ha venido, en más de una ocasión, por la “propiedad nacionalizada” y, por desgracia es preciso constatar que, como afirma Julio Savelli, “en cuanto es más extendida es más fuerte la burocracia y viceversa”, o sea, que históricamente en “cuanto más se extienden ‘las bases materiales del socialismo’, tanto más se aumentará la distancia entre los pasajeros de primera y tercera clase”.<sup>8</sup> Se entiende que en este concepto se toma el socialismo únicamente como la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Pero sabemos que el socialismo es mucho más. Que es esa “asociación de hombres libres” en la que Marx radica su esencia<sup>9</sup> y en donde los productores controlan, en asociación, las fuerzas productivas “de una manera libre e igualitaria”, como afirmaba Engels.<sup>10</sup> Pero esto es todavía un *ideal*. Por más que mucho esté en curso, no podemos negar que la teoría de la alienación, como opina Adam Schaff, es una teoría *aplicable* al socialismo y no tan sólo al capitalismo. Pensarlo como no aplicable al socialismo sería, como dice Schaff, “un disparate teórico”.<sup>11</sup> Es común pensamiento en los escritores soviéticos inclusive, como lo constata un estudio de

<sup>8</sup> J. Savelli, “La Rivoluzione tradita de Trotsky 40 anni dopo”, en *Il Leviathano, Problemi della libertà e il socialismo*, Ed. Savelli, Roma, 1977, p. 7.

<sup>9</sup> Marx, *El Capital*, I, c. 1, secc. 4, y Engels, *Anti-Duhring, El origen de la familia, de la propiedad privada y el Estado*.

<sup>10</sup> Marx, *El Capital*, I, c. 1, secc. 4, y Engels, *Anti-Duhring, El origen de la familia, de la propiedad privada y el Estado*.

<sup>11</sup> A. Schaff, *La alienación como fenómeno social*, Grijalbo, 1979, p. 289.

A.A. Shevechenko la afirmación de que en el socialismo “existen fenómenos de alienación” y “no solamente como herencia del capitalismo, sino que vuelven a reanimarse en uno u otro lugar en forma de burocratismo, de culto a la personalidad, de religión, en razón de complicadas contradicciones que se dan en la realidad socialista”.<sup>12</sup>

Sin embargo, a pesar de todos los anteriores interrogantes que, en el terreno específico de la libertad y el poder, nos hemos hecho sobre lo que ha seguido a la Revolución de Octubre, no podemos negar en ningún momento la importancia que para el mundo —y no tan sólo el socialista— ha tenido la gran Revolución de Octubre. Para Gramsci, el revolucionario y militante italiano, fue su gran *esperienza metafísica*. Lo que para Hegel fue la Revolución Francesa. *Il fare come in Russia* era el grito socorrido en la Italia pre-fascista. Y la “experiencia” de los soviets era para Gramsci el gran ejemplo a seguir en Italia y modelo para *diventare Stato*.

Sus logros son innegables. En demasiados terrenos. Pero la labor del intelectual es la crítica. Y la hacemos en el campo de las “instituciones” de poder. Estamos conscientes que no podemos separar lo económico de lo político y viceversa. Y que una reforma moral e intelectual supone una reforma económica, como dijera Gramsci. Pero también es pedagógico fijar nuestra atención en un aspecto. Y ese fue el poder. Que no olviden nuestros detentadores del poder que si ellos pasan, también las instituciones pasan y mueren. Pero antes se debilitan. La historia es siempre la terrible vengadora. Nunca es ingenua. Se cobra los errores.

No pienso, por otra parte, comparar la clase política soviética actual con muchas de las clases

<sup>12</sup> *Idem, cit.*, p. 289.

gobernantes de Latinoamérica. Estas son tan aberrantes en la práctica del poder, que los errores y violaciones a los derechos humanos en los países socialistas, son los errores de todas las sociedades maduras. El dictador típico latinoamericano es el típico ogro del terror. Sus violaciones son degradantes. Su poder no es simple "control" o "dirección". Es muchas veces asesinato.

Pero estamos hablando de la Unión Soviética. No se puede, en aras de un porvenir no cierto del todo en sus particularidades, sacrificar a los individuos concretos. O en nombre de un Estado, aunque sea invocada la razón de Estado, ignorar lo que la conciencia "moderna" ya no puede marginar: los derechos civiles, sobre todo cuando éstos se postergan demasiado tiempo. Debe esforzarse, en medio de su *realismo* —y yo diría que precisamente por él—, por agrandar su "Sociedad civil" e ir debilitando esa "Cosa" que se llama la "Maquinaria del Poder" o la "Organización" que todo lo llena y todo lo invade.

Por eso, para ir eliminando los residuos del poder alienante o que no renazcan otros fenómenos de alienación, es menester que la clase gobernante del *socialismo real* —y las otras de Occidente que también forman un apartado semejante— deje de pretender, como dice Marcuse, que su política se presente como una "ciencia del comportamiento" (*behavioral science*) marcada con una "ideología integralmente anti-occidental", con una insistencia "en el determinismo objetivo de las leyes económicas básicas para el socialismo".<sup>13</sup> Digamos que Gorbachov trata de romper esos moldes. Pero ¿lo logrará, cuando también él tiene que "armarse" ante un belicoso Occidente (léase USA) que propug-

na una política totalitaria *en la periferia*, aunque en la metrópoli se presente como formalmente democrática? ¿Por qué se frenó el intento de Jruschov después del XX Congreso del Partido? Aparte las explicaciones sociológicas e históricas que podríamos argumentar y que hacen del elemento del poder una cosa *sacral* y mítica, el Secretario Gorbachov nos empieza a dar la respuesta: "La principal lección radica en que los procesos y reformas que se iniciaron y emprendieron en el pasado. . . no estuvieron respaldados por la ampliación y el desarrollo de la democracia". Nosotros le damos la razón.

Pero para ir elaborando la democracia (que es un movimiento, un clima intelectual y una actitud) se requiere, como condición básica, el ir intentando eliminar las bases de totalitarismo político, insitas en el crecimiento y alimentación de la *Burocracia centralizada*. Mientras exista esta centralización, existe el peligro real y estructural de alimentar la cabeza del monstruo. Y esto vale —ya lo imaginaba el gran Tocqueville— para los países de Occidente, sobre todo aquellos que, como el régimen mexicano, están sustentados en la maquinaria centralizada. Se requiere ir abandonando ese fenómeno por el cual el "Estado de todo el Pueblo" o "Estado total" se transforme en la forma estatal que no tolera a nadie más allá de sí mismo y que todo lo quiere convertir en "Unidad", pero alrededor de sí mismo. Que el Estado deje de creer que él es el *centro* y la *cabeza* y el *sujeto* de toda organización social y que por lo tanto, puede usar la violencia, la legítima y no legítima. Que no sea, al mismo tiempo, *Lex, Majestas, Imperium* y *Principado*.

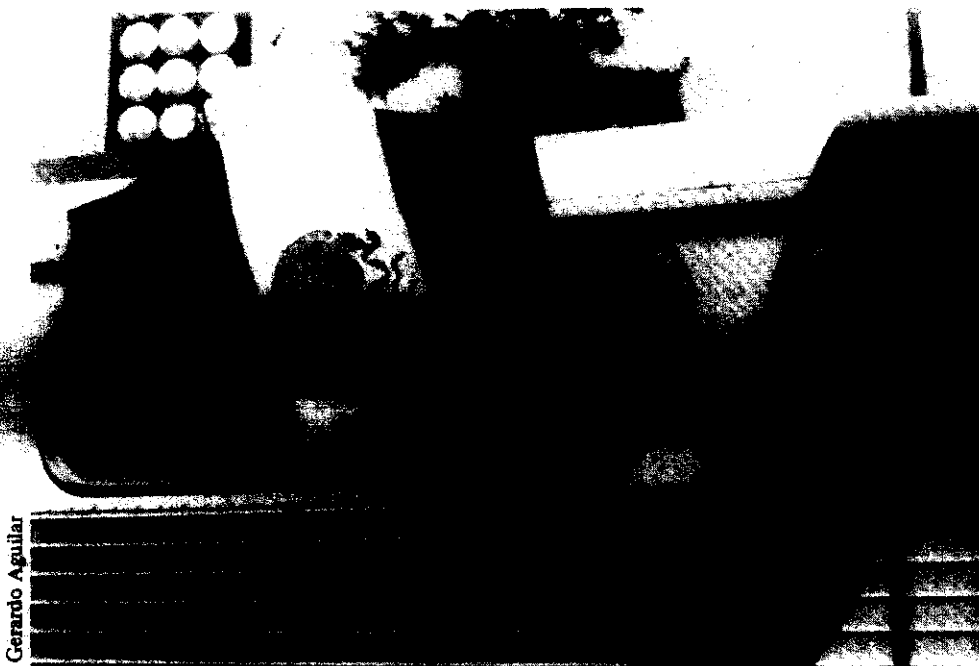
No afirmamos que la clase gobernante de la Unión Soviética *una en sí todos* los atributos de las *Instituciones* de Justiniano, la *potestas*, la *ratio* y la *revelatio*, como fuentes de la organización políti-

<sup>13</sup> H. Marcuse, *El marxismo soviético*, Alianza Editorial, Madrid, 1971, p. 19.

---

ca. Únicamente señalamos el peligro que implica el que por muchos años se pretenda la "uniformidad" y la centralización en lo político. Inclusive, no podemos dejar de anotar la sugerencia histórica: de que cuando se quieren "borrar" todas las "diferencias" y terminar con las "clases sociales", tal vez es, en la práctica, porque ya de antemano *una clase política* se ha erigido en clase dominante, con tintes autoritarios o totalitarios. Cuando un Estado, sin tener en cuenta el problema de la cultura o el consenso, nos dice que ya ha acabado con las clases (*sin las reformas económicas consabidas*) es porque ya es él una casta dominante. De ahí al totalitaris-

mo es un paso. Creo que Occidente no es ajeno a estas experiencias. No abogamos, por otra parte, por una "sociedad en contra del Estado", semejantes a la que describía Pierre Clastres al hablar de las sociedades primitivas. Tan sólo llamamos la atención para evitar el totalitarismo. En Oriente y en Occidente. Recordemos que el mismo fenómeno totalitario, como política actuante, ya lleva en sí el germen de su fracaso: no se podrá realizar, sin atacar o sin actuar aquello que él mismo pretende atacar. Así como la ilimitada libertad es la muerte de la libertad, de la misma manera, el poder ilimitado y totalitario es la señal de que el poder tiene sus días contados.



Gerardo Aguilar